

¡SALVESE QUIEN PUEDA!

RICARDO SALABERRIA OLAIZOLA

Una mujer diminuta, vestida de negro, sortea titubeante los irregulares adoquines de la calle Santa María, mientras se dirige presurosa a la Iglesia de la Asunción. Faltan dos minutos para que comience la misa rezada de las siete de la mañana.

Amenece perezosamente y la esquila del tejado de la calle Iglesia ha sonado con impertinencia, anunciando la misa a los habitantes de Rentería. La mujer tropieza en un adoquín saliente, pero no cae, porque su pisada es leve, ingravida... Lleva unas gruesas gafas para la miopía.

Esa mujer es mi «amona» Juana que, cubierta con una mantilla negra y llevando en sus manos un rosario y un pequeño libro, marcha a rendir culto al Todopoderoso en las peores condiciones físicas: en ayunas, con destempe y con prisas.

Por las calles del pueblo se mueven las personas, como hormigas grandes y oscuras, camino a sus fábricas y talleres. Es la Rentería industrial de comienzos de siglo...

Mi amona murió el año 1962, con 78 años, y está enterrada cerca de «Gaztelutxo». En los pocos años que convivimos, me dejó un recuerdo grato. Yo era su ahijado y el destino casi hizo coincidir los días de nuestros nacimientos respectivos: el 8 y 9 de marzo, con cincuenta y ocho años de diferencia. Las felicitaciones estaban encadenadas.

Ella tenía unos detalles delicadísimos para conmigo, por ejemplo: aquellos gramos de gambas cocidas, compradas en el Mercado de los Fueros, para que las degustara yo solito. Me parecían un regalo babilónico. Yo, tras chupar y rechupar los caparazones y comerme la carnecilla, solía entretenerme haciéndome cosquillas en la punta de la nariz con las antenillas del crustáceo. También recuerdo unas insuperables sopas de leche: con pan «sopako», unos gramos de café, azúcar y una pizca de sal, hervidas con amor, sin tiempo, y que tenían un sabor y un aroma irrepetibles.

Hace poco tuve la oportunidad de rescatar de la destrucción de la polilla el libro que portaba en sus manos mi amona cuando iba a misa de siete. El devocionario, que dormía olvidado en un cajón viejo, se titula:

«ANCORA DE SALVACION». «Devocionario que suministra a los fieles copiosos medios para caminar a la perfección, y a los párrocos, abundantes industrias para santificar la parroquia. Por el R.P. José Mach de la Compañía de Jesús. Edición nº 85, del año 1945».

Por su parte, la amona Juana, que acabó sus días casi ciega, advertía por escrito en la primera página del librito: - «Si se pierde este libro, se entregará a su dueña Juana Arangua/1929. Rentería-Guipúzcoa 1929».

El devocionario, cuya primera edición parece ser del año 1904, consigue 73 ediciones para 1907, y mi abuela se mantiene fiel al mismo a través de los años y los va firmando idénti-

ca y repetidamente. Seguramente, no habría mucha elección entre los libros de oraciones. Además, estaría «expresamente recomendado».

Ya con el devocionario en mis manos, me fijé en las páginas más sobadas y repasé los textos más releídos por mi amona... ¡Pobrecilla!

Los textos me parecen terroríficos, capaces de asustar a un gigante escéptico. Escritos con un estilo rimbombante y engogado, se pueden leer líneas como éstas:

— «¿Y qué? ¿Has de gemir siempre so el ignominioso yugo de las pasiones? ¿No quieres aún romper las pesadimas cadenas del vicio?».

Pero, ¿qué vicios, Señor?. Si la pobre amona no hace más que trabajar en casa, cuidando a su familia, y en «La Fabril Lanera», cuando los obreros son aún menospreciados por la «gente fina» al ser considerados de categoría inferior.

En la iglesia oscura, apenas iluminada con unas tristes bombillas adosadas a las columnas, huele a incienso y a flores marchitas que han corrompido el agua de los floreros. Silencio y frío. Algunos hombres, desperdigados, se han colocado en los bancos delanteros, y las mujeres, en mayor número, trajinan entre las sillas de la parte de atrás.

Las sillas tienen dueño, y éstos lo hacen saber grabando los nombres y apellidos en chapas o con clavos dorados. En el suelo lucen las «arguizaiolas», que las menea, sin descanso, la tía Agustina. Algunos feligreses le han encargado que encienda y apague las velas enrolladas, así como que haga respetar el lugar del homenaje funerario y ella se aplica en su quehacer...

Mientras tanto, el cura inicia la misa, acompañado por un monaguillo adormilado.

La amona Juana abre el «Ancora», se persigna y recita: «... de nuestros enemigos libranos». (Tres años de indulgencias, a sumar). Sigue leyendo:

— «Primera ocupación del cristiano por la mañana: Amaneció un nuevo día para tí. ¡Cuántos hay que no pueden decir otro tanto! ¡Cuántos ayer se acostaron sanos, y hoy amanecieron muertos! ¡Cuántos ayer ufanos se divertían pecando, y están hoy sin remedio condenados!...».

La amona Juana mira hacia las altas vidrieras, coloreadas por una luz grisácea, y suspira: «¡De buena me he librado, hoy también!. ¡Pobres pecadores muertos!. Voy a rezar por ellos...».

Reza, ajena a lo que está murmurando el cura en latín. «Padre Nuestro, Credo y Ave María...» y suma quinientos días de indulgencia. Y trescientos más, por pedir al Angel Custodio: «... alumbradme, guardadme, regidme y gobernadme. Amén.».

Rezar, rezar y rezar, a todas horas y en cualquier lugar o situación, para lograr apiadar a Dios Justiciero y salvarse del Infierno eterno. Es la obsesión de estas gentes que se agrupan en la oscuridad del templo: la salvación eterna.

Suena la campanilla el monaguillo insistentemente. La amona, quieta, de rodillas, lee unos consejos para el trabajo:



embelesos del alma, la paz, el sosiego, la alegría y, sucedieron a tan placenteros hechizos negra melancolía, helada indiferencia, guerra intestina, crueles temores, dudas espantosas, remordimientos atroces; en una palabra, ¡una imagen del infierno!».

Para aprender castellano... ¡Pobre amona! Está atemorizada, como todas las mañanas. En la penumbra, entre las gruesas columnas, asoma la triste figura de Saint-Cyran, que mira torvamente a los feligreses congregados. Estos no le reconocen y creen que es un cura viejo, desconocido, que va a decir misa en el altar de las Animas.

Pero, para llegar a ser heredera de la gloria divina, el devocionario indica, exhaustivamente, lo que se debe hacer; rezar y pensar en cada instante del día, así:

- Al levantarse de la cama.
- Al vestirse.
- Al asearse: («¡Ay, Señor, tanto cuidado en asear y ataviar un cuerpo que pronto será comido por los gusanos...!»)
- Al salir de casa: («Dirigid mis pasos, guardad mis sentidos».)
- Antes de comer.
- Mientras se come: («¡Tantos pobrecitos padecen hambre; y a mí, Señor, me alimentáis con tanta liberalidad...!»)
- Al dar la hora.
- En las tentaciones.
- En el recreo.
- Antes de meterse en la cama: («¡He de morir, y no sé cómo!».)
- Ya metido en la cama: («En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»)
- Antes de cerrar los ojos: («De la muerte súbita e imprevista, libranos, Señor.»)

¡Duerma Vd. con estos desahogos!. A cada oración recitada, le corresponden cientos de días de indulgencias, un buen jornal espiritual, que se va atesorando en la banca celestial para aligerar las penas del Purgatorio, previsible lugar de estancia, más o menos larga, para gentes como la amona: ni pecadora ni santa.

En el templo rebullen algunos feligreses, que se dirigen hacia el altar para recibir la comunión. La amona Juana deja el libro en la silla y marcha temerosa por el pasillo central hacia el comulgatorio. El acto de la comunión es para ella un mal trago, un momento desagradable, desde que un sacerdote bravucón, al ponerle sobre la lengua la hostia consagrada, le tocó en la mejilla y le ordenó imperante que dejase quieta la lengua temblona.

Si pudiera quedarse en su silla, sin ir a comulgar... Saint-Cyran, hosco, lo aprobaría.

La amona cierra los ojos y medita...

¿En qué piensa?. No se sabe. En torno a esta persona pequeña, insignificante, circulan imparables los eventos históricos: guerras mundiales y civiles; dictadores, Primos y Francos; concilios, encíclicas y muertes de varios Papas; repúblicas que fenecen y reyes que huyen; socialismos y comunismos; luchas obreras por la jornada de ocho horas y enriquecimientos desaforados de unos pocos; inventos inexplicables, ...

Ella, que apenas se entera de algo, sigue laboriosamente en sus pequeñas faenas diarias y pasa por la vida como un ser dominado por fuerzas ajenas, en un ambiente rígido, de temor cotidiano, de terrores nocturnos, de oscuridad y frío espiritual.

La amona, como tantos feligreses, es ajena a las grandes explicaciones. Trata de hacer el bien, de no pecar, de ser cumplidora en la realización de las cosas pequeñas, de educar con las mismas estrictas normas a su prole. No murmura, calla. No discute, aguanta. Vive y deja vivir.

«Ite, Missa est...». ¡Marchad, la misa ha terminado!

Los feligreses salen despacio al atrio de la iglesia. Alguien enciende un pitillo. La amona se reúne con un pequeño grupo de mujeres y habla durante un rato sobre la temperatura, las enfermedades y muertes de conocidos, los trabajos y las pequeñas esperanzas...

- «Ten en cuenta con no maldecir ni jurar cuando el trabajo no salga bien: guárdate de murmurar o divertirte cantando canciones indecentes.»

Se tranquiliza. Ella solamente tararea, de vez en cuando, algunos versos de Xenpelaar y la canción «Aita txit maite Pranzisko Santua...» de la Tercera Orden. En casa hay que dar ejemplo, y en «La Fabril Lanera» es una mandada y obedece. Obedece en la máquina escardadora, en la hiladora o en la ovilladora... Obedece, siempre.

El padre Mach, imperturbable, sigue aconsejando, machacando almas desde su devocionario:

- «No te dejes dominar de la pereza; porque sólo es propio de un corazón villano sacrificar al demonio las primicias de un nuevo día, que Dios te concede graciosamente para que le ames... Vístete con gran recato; pues estás en la presencia de aquel Dios ante quien se encorvan los más encumbrados serafines.»

La buena mujer, vascaparlante que apenas sabe castellano, se va achicando, aún más, en la silla reclinatorio, aturdida por la contundencia de las frases del jesuita, que le suenan diariamente en su cerebro:

- «¿Qué se hizo de aquella feliz inocencia?. Desapareció muy pronto, y con ella desaparecieron aquellos dulces